

ALBERTO MASFERRER

EL DINERO MALDITO



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION GENERAL DE CULTURA
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

*Hecho el depósito
que marca la ley.*

Ediciones:

*Imprenta La República
San Salvador, 1927.*

*Imprenta La República
San Salvador, 1930.*

*Imprenta Nacional
San Salvador, 1950.*

*Departamento Editorial
del Ministerio de Cultura
San Salvador, 1959.*

*Dirección General de Cultura
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1968.*

AÑO DE MASFERRER

Portada de

ANTONIO FLORES HERNÁNDEZ

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES

**DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN**

SAN Salvador, El Salvador, C. A.

1 9 6 8

NOTA EDITORIAL

El 24 de julio de 1968, hará cien años que vino al mundo una figura ejemplar del pensamiento continental: don ALBERTO MASFERRER.

El mejor homenaje que puede rendirse a su memoria, cuando ya muchas de sus ideas se han hecho realidad en instituciones de carácter nacional o en principios de vigencia internacional, es divulgar su pensamiento para ofrecer a una generación muy sensible a los problemas sociales, la oportunidad de hacer un análisis justiciero de su mensaje profético y de su pasión reformadora.

La colección CUADERNOS, recién nacida en el campo editorial salvadoreño, se enorgullece al reavivar con EL DINERO MALDITO la admiración por ese pensador iluminado que fue don ALBERTO MASFERRER.

Que a cien años de su nacimiento —24 de julio de 1868— siga naciendo en nosotros el fervor de sus ideas y la diafanidad de su alma.

LA CALLE DE LA MUERTE

ESTA calle en que vivo yo, debiera llamarse Calle de la Amargura. Y mejor aún, Calle de la Muerte. A seis cuadras, Oeste, me queda el Hospital, adonde va, a todas horas, una caravana de dolientes, pobres o miserables los más, a ver si les dan algún alivio. A cinco cuadras, en dirección contraria, me quedan tres estancos, donde se bebe día y noche; donde la pianola, el fonógrafo, los gritos de los ebrios y el chocar de vasos y botellas ensordecen los oídos de los transeúntes, y también su conciencia, para que no piensen en los dramas que ahí se incuban.

Frente a mí, a una cuadra, está la Penitenciaría, donde viven los criminales desvalidos; los que no tienen la llave dorada que abre las puertas de la Justicia.

Los domingos, desde muy de mañana y todo el día, la vida enlaza esos tres antros en que el vicio, el crimen y el dolor se funden en una trinidad fatídica. Desde las siete de la mañana comienzan a pasar, viniendo del Volcán, labriegos jóvenes y viejos. Vienen a divertirse. Han trabajado toda la semana,

curvados sobre el suelo, sembrando, podando, arando o escardando, para que el maíz, el arroz, el frijol y el plátano colmen nuestra mesa; para que las flores más bellas adornen nuestros búcaros; para que la leche y los huevos nos conforten y nutran; para que la vida, en toda forma, descienda de allá arriba, y venga, en ondas de salud y alegría, a reavivar las fuerzas decaídas de los que penamos y pecamos en la ciudad.

Han trabajado toda la semana esos labriegos, ellos y sus mujeres y sus hijos. Mientras ellos escardan o desmontan, la mujer y las hijas mayores lavan, remiendan y aplanchan, muelen y cocinan; vienen diariamente al mercado a vender flores y legumbres; y a llevar provisiones y medicinas; cosen la enagua y la camisa; cuidan de las gallinas y de los cerdos; atienden al enfermo; van al río lejano, a traer el cántaro de agua para los menesteres urgentes. Ya noche, cansadas, fatigadas, caen pesadamente sobre el camastro o el tapesco, y duermen como troncos —si no hay niño pequeño que las desvele—, hasta que Venus, el apacible *Nixtamalero*, comienza a desvanecerse ante los blancos del alba.

Así es la vida en el Volcán, así se trabaja toda la semana. ¿Qué cosa más justa que bajar el domingo para descansar, para

divertirse? Por eso, desde muy de mañana bajan los labriegos, limpios, endomingados, decidores, ligeros; dan una vuelta por la ciudad mientras se abre el estanco, y apenas éste despliega sus fauces, entran y beben. Un vaso tras otro, de pie, o apenas sentados en bancos miserables, beben el aguardiente, se embriagan, se embrutecen, pierden el sentido, se vuelven hoscos, agresivos, pendencieros, sacan las cuchillas, y hieren. Hieren al compañero, al camarada, al amigo, a quien se les enfrente, a cualquiera. El aguardiente, el *guaro de caña* —el más hostil de los licores, en que un verdadero demonio se esconde, sediento de lucha y de sangre—, ofusca con sus vapores su rudo entendimiento y les impele a la riña y al crimen.

En breves horas, todo el trabajo de la semana es disipado. Si la mujer, con mimos o a escondidas, logró sustraer algunos reales, ya habrá siquiera para comenzar la semana. Si no, ella y las pobres muchachas corretearán el lunes, angustiadas, para encontrar el *qué-comer*, la medicina para el herido y los *honorarios* para el abogado, inflexible en la exigencia de los anticipos que han de cubrir los primeros gastos.

En breves horas, todo el bregar, todo el afán, todo el sudor de la semana, pasan, convertidos en dinero maldito, a la gave-

ta de la cantina. Con el mismo tesón e ímpetu con que trabajan la semana, así tragan veneno, un vaso tras otro, hasta que las piernas les flaquean, la voz enronquece, las palabras se confunden y huyen, la mente se nubla, el corazón se encrespa, y la fiera surge de las profundidades del hombre, presta a desgarrar y a devorar.

Beben, beben más, siempre más. Primero son copas *sencillas*, espaciadas con risas y charlas; después son copas *dobles*; alternadas con abrazos y cantos, o promesas y lágrimas; después es la sed, la sed de licor, que no se apaga sino que se enciende cuanto más se bebe. Y entonces todo huye, todo se desvanece: la memoria, la atención, el juicio, el sentimiento del yo, el discernimiento del bien y del mal: es la locura, última forma de la embriaguez, que franquea el paso del hombre a la bestia, de la bestia a la fiera.

Y entonces, viene la sangre.

* * *

Desde las cuatro de la tarde, a veces antes, comienza el desfile del regreso. Los que vi pasar por la mañana, alegres, ligeros, con la fiesta en el corazón y en los ojos, vuelven vaci-

lantes, dando tumbos, cayendo aquí y allá; los ojos extraviados o mortecinos, las ropas salpicadas de lodo, los labios escurrendo baba y barbotando palabras sin sentido. Algunos caen, pesadamente, y quedan ahí, tendidos, largo a largo, vuelta al cielo la faz inexpresiva, o son llevados por los camaradas, a quienes insultan y rechazan, o apaleados por el policial, que castiga como desacato lo que es simple locura o inconsciencia.

De rato en rato, un herido: algunos vienen solos, el brazo en cabestrillo, roja toda la manga con la sangre que va extendiéndose y goteando.

Otros, con la cabeza hendida, o el pecho destrozado, o un hombro colgante, o los intestinos pugnando por salirse, avanzan lentamente, como anestesiados, apoyándose en los compañeros —tambaleantes ellos también—, que llevan el herido al hospital. Un hilo de sangre mana de esas heridas enormes; ahí donde el dolor o la terquedad hicieron detenerse al herido, queda un manchón rojo, que luego enjugarán los perros vagabundos.

Toda la tarde pasan heridos, y la calle se motea a uno y otro lado de gotas y más gotas de sangre. Sangre roja, potente, vigorosa, que se encendió en el sano trabajo de la labranza,

al beso del viento y del Sol, para venir a estallar en fiebre y en locura en el estanco, donde las manos ávidas de la estanquera recogen la vida y escancian la muerte. . .

* * *

¿Cuántos de esos que pasan arrastrándose hacia el hospital, saldrán curados de alma y cuerpo, y volverán a su casa, después de sumergir en tristeza y dolor a sus gentes?

¿Cuántos saldrán para el cementerio, ignorados y despreciados, como inútil carroña que ya no puede dar su labor en cambio de aguardiente?

¿Cuántos al salir, irán a la Penitenciaría, a pudrirse aguardando que la Justicia les recuerde?

Al fin salen: el defensor les ha comido el trabajo de años; la casita, la vaca, el huatal, cuanto podía venderse o empeñarse, se vendió o empeñó para cubrir los gastos de la defensa. Al fin salen, comprometidos con el patrón, empeñados y arruinados para muchos años, a veces para siempre. Mientras se pudrían en la cárcel, se murió el chiquitín; enfermó y sufrió largamente la madre; la esposa, afanada, fue y vino mil veces,

a suplicar al juez, llevándole recomendaciones; abandonó el huatal, y entró al servicio en la ciudad, para estar más cerca, y ver y consolar al preso, y activar la tarda y avariciosa gestión de la defensa. Y mientras, allá arriba, sola, la muchacha, cuidando de los hermanitos y de las gallinas, sucumbió a las promesas del patrón, o fue seducida por el camarada de su padre, y tuvo un niño... una carga más para el hogar exhausto...

Un niño más, que luego será un hombre, y aprenderá a beber y a emborracharse, y a herir, y a que le hieran, para que su trabajo, su vida, vayan a enriquecer las arcas nefandas donde los fabricantes y vendedores de la muerte guardan el dinero maldito.

* * *

Sí, esta calle, donde hace ya cinco años veo desfilar, domingo a domingo, una caravana de hombres ensangrentados; esta calle que va del Estanco al Hospital, bordeando la Penitenciaría y ramificándose por un lado hacia el Volcán, que es el trabajo y la sencillez, y extendiéndose por el otro hacia la Ciudad, que es la mentira y la rapiña... esta calle por donde

bajan por la mañana la alegría y la vida, y suben por la tarde cambiadas en tristeza y en muerte. . . esta calle que debiera ser toda ella roja, tanta es la sangre que ha empapado su suelo. . . , es, de veras, Calle de la Muerte.

Calle del Aguardiente, Calle de la Sangre, Calle de la Cárcel, Calle del Infierno.

Sí, ésta debe llamarse Calle de la Sangre, *Nuestra Calle*; pues nosotros vivimos y gozamos de la sangre que mancha y enrojece el suelo de esta calle. De esa sangre, cristalizada en el Presupuesto y transformada luego en la mentira de la Cultura, vivimos y gozamos nosotros los privilegiados.

Con esa sangre vamos a Europa, a divertirnos y a corrompernos, si todavía nos falta corrupción; con esa sangre se paga el diploma del médico y del jurisconsulto; con esa sangre nos costeamos las fiestas diplomáticas y los banquetes patrióticos; con esa sangre cubrimos los gastos de mil cosas superfluas, dañosas, tontas o inútiles; con esa sangre sostenemos la vida de monerías que imaginamos civilización y progreso.

Y con esa sangre, nosotros los señores de la Tierra y del Comercio y de la Banca; vosotras las nobles matronas, vosotras las señoritas gentiles y nosotros los caballeritos apuestos; con

esa sangre se pagan nuestros ocios, nuestros lujos, nuestras joyas, nuestras mansiones, nuestras quintas, toda nuestra vida ociosa y mentirosa, gris y charlatana, alimentada incesantemente con el dinero maldito!

El dinero maldito... ésa es nuestra vida... ésa también será nuestra ruina...

EN LA CASA DEL EBRIO

SIEMPRE hay tribulación en la casa del ebrio. Unas veces, son ya las once de la noche, el domingo, y no ha vuelto. Salió desde por la mañana, a caballo, y los que iban con él no le han visto desde el medio día. ¿Caería del caballo? ¿Lo botaría el animal en algún precipicio? ¿Llevaba algún dinero? ¿Le habrán matado para robarle?

Otras veces, amanece el lunes, y aún no vuelve. Hasta ya tarde no saben que está preso, y que hay que buscar el dinero para la multa. El juez es inflexible en asunto de multas; si no ve el dinero, no le soltará nunca. La esposa y los hijos, o la madre, arrastrando su enfermo y viejo cuerpo, van a la ciudad, a *dar las vueltas*, que a veces duran días y semanas.

Otra vez, peleó; el policial que fue a despartar a los peones, sufrió un golpe: *Delito*; se acusa al ebrio de desacato; de *atentado a la Autoridad*. Y así como está, borracho y herido, va a la cárcel; y aún no le han curado, y ya le llevan a Santa Ana, a la Penitenciaría, a que sigan allá el proceso. Durante cuatro meses las hermanas del ebrio han tenido que estar

yendo y viniendo, buscando recomendaciones y dinero. Y por fin, a fuerza de empeños, de influencias, de deudas, han sacado libre al hermano. Mientras, la madre moría de inquietud y de abandono, rogando a la Virgen que le sacaran al hijo.

Otras veces, a medio emborracharse, vendió la cosechita de maíz o de frijol, o un quintal de café, o un buey. Ahí cerca había papel sellado y doctor, y en un instante se consumó la ruina, y en un momento se gastó en aguardiente lo que fuera trabajo de años.

Otras veces, la coge larga, desaparece, y han pasado ya seis días sin que nadie traiga noticias que hagan presumir dónde está. Por fin, a los quince días, vuelve, flaco, abatido, harapos, enfermo. Se fue, bebiendo, bebiendo, hasta Sonsonate, y de allá vuelve ahora, amilanado y desesperanzado.

Otras veces, si es pendenciero, llega hecho una furia; golpea a los hijos, quiere matar a la mujer, y todo se vuelve un espanto. Hay casas de éstas, donde cada domingo por la tarde las mujeres han de salir corriendo, perseguidas por el ebrio, que blande contra ellas la daga o la navaja.

¡Ah, vida de infierno, donde todo es pena, miseria, susto, inquietud, aflicción!, donde el trabajo se va como agua; donde

siempre se está en espera de algo terrible; donde lo que no es susto es abyección, y lo que no es sangre, es porquería. . .

Y esa es obra nuestra, de todos nosotros. . .

¿Que no? ¿Que no tiene remedio? ¿Que no vamos a ponerle a nadie el puñal en el pecho para que no beba?

Sí tiene remedio: el remedio está en que aprendamos a distinguir entre lo que es trabajo y lo que es infamia; en que aprendamos a notar diferencias entre vender pan y vender veneno; en que nos demos cuenta de que hay dineros fragantes y dineros hediondos; de que hay riqueza honorable y riqueza vil. El remedio está en que advirtamos y sintamos que *religión* no es sólo ir a misa los domingos y encender candelas a los santos para que nos saquen premiado el billete de lotería; ni hacerle visitas al Cristo de Esquipulas o rezar todas las noches el rosario, sino que *religión es modo de vivir*: no manera de imaginar el más allá, ni de razonar sobre los misterios, ni de entender los dogmas, ni de hacer la cuaresma, sino, *manera de vivir la vida del día y del minuto*: manera de trabajar, de ganar, de ahorrar, de vestir, de andar, de sentir, de negociar, de padecer, de juzgar, de llorar y de reír: manera de hacer todas nuestras cosas, grandes y chicas, notables y vulgares,

diarias y extraordinarias; *conciencia y presencia de lo Divino en nosotros*; certeza de que el prójimo es mi hermano, y mi hermano yo mismo, y los dos juntos emanaciones y expresiones de El.

Ahí está el remedio: en que nos hagamos una religión, no para hablarla sino para vivirla, para respirarla, para que nos sea timón y brújula, asiento de nuestros pies, dosel para nuestra cabeza y aire para nuestros pulmones. . .

Ahí está el remedio.

Y desde luego, y lo que está a la mano de todos, es no ser nosotros los autores inmediatos del mal. Si no podemos redimir, sí podemos no ser la causa directa de la ruina; si no podemos salvar, sí podemos no corromper.

Aun sin un sentimiento vivo y constante de una fe religiosa, podemos orientar nuestra vida sin grave daño para los demás, con sólo abstenernos del mal. *No ser yo el que pervierta; no ser yo el que envenene; no ser yo el que arruine*: he ahí el camino de la gentileza, de la caballerosidad, de la hidalguía, de la bondad fácil, de la elegancia en el sentir.

No seas tú, deja que sean los otros. No seas redentor si no puedes serlo. No te apenes si el mundo marcha a su perdición.

Dios conoce tu incapacidad, y verá a quién confía la tarea de redimir al mundo. Deja, pues, que haya tahures, ebrios, prostitutas, rufianes y toda clase de perversos. *Pero que los haya sin tu ayuda.* Que los haya, pero que no seas tú quien se alimente de esa podredumbre.

Trabaja en otra cosa: sé artesano, sé labrador, sé jornalero, sé maestro, sé soldado, sé mandadero, sé histrión, y si no puedes más, sé mendigo; pero no explotes la embriaguez, ni el juego, ni la miseria, ni la prostitución. Tan sucio pan no debe alimentar a un hombre.

* * *

Tú que lees, acuérdate: siempre hay tribulación en la casa del ebrio: siempre hay zozobra, lágrimas, orfandad, vergüenza, temor, inquietud, sobresalto, ruina, perdición; amargura que varía de forma, pero que nada atenúa ni extingue. En la casa del ebrio no hay más esperanza que la muerte. Sólo cuando viene la muerte y se lo lleva, se acaban la ignominia, el sobresalto y la amargura. Mientras no muera, siempre hay tribulación... y también corazones que impetran justicia, y que si no con palabras, *maldicen* con sus lágrimas a quienes lucran

con la ruina y el dolor y la abyección del infeliz esclavizado al vicio.

Cuidado, hombre! Cuidado, que esa maldición no te alcance.

PAN O REVOLVER

DONDEQUIERA que un hombre esté amasando un pan, podrá decirse —y confortar su espíritu con este pensamiento—: este pan, alguien lo ha de comer; raro será que se pierda sin que alguno lo coma. Aun si de la mesa lo arrojaran al suelo, servirá para alimentar al perro, o las hormigas vendrán y lo harán migas, y se lo llevarán a su granero. Así es que esta fuerza de mis manos, aplicada a la harina, se está tornando vida. Sí, estoy haciendo vida, fuerza, alegría, ni más ni menos que si fuera yo el Sol. . .

Luego, quienquiera que se alimente de este mi pan, no sacará de él sino salud; pobre o rico, bueno o malvado, avaro o generoso, lo que yo le envío aquí es fuerza, es salud, es alegría. Que lo lleven a la mesa del juez o a la celda del criminal, lo mismo da: en este pan en que han colaborado el aire y la tierra, el agua y el fuego, y, por gracia de Dios, también yo, nadie puede hallar sino alegría, fortaleza, salud.

Asimismo, dondequiera que un hombre esté fabricando un revólver, podrá decirse, y enorgullecerse, si es cruel y soberbio;

este revólver que yo estoy fabricando con mis manos, lleva en sí la muerte. Adondequiera que lo lleven, irá con él una amenaza, un peligro de muerte. Quienquiera que lo use, no podrá usarlo sino para herir o matar. Un malvado o un justo, un adulto o un niño, un ignorante o un sabio, no podrán hallar en él otra cosa que sangre y muerte. Que lo disparen ellos o que lo disparen contra ellos; que sea de intención o por descuido, por malicia o por juego, para atacar o para defenderse, nadie dará con él ni recibirá de él sino la muerte.

Así es que yo, haciendo este revólver, soy un sacerdote de la muerte; y si hay un Demonio o un Infierno que se complazcan en el dolor, han de sentir que yo soy, como ellos, un creador de tristeza y de ruina: lo mismo que la peste, lo mismo que el ciclón y el terremoto, lo mismo que el naufragio, lo mismo que el hambre y el incendio.

* * *

Maneras de hacer pan, son infinitas en la vida. Y maneras de hacer revólveres, también. Se hace pan con harina, con madera, con lienzo, con predicación y con ejemplos, con lágrimas

y con sonrisas; se hace pan con la azada y la escoba, con la pluma y con el serrucho, con la aguja y la almádana. Se hacen revólveres con el juego y con la embriaguez, con la prostitución y con la usura, con la adulación y con la mentira, con la extorsión y con la opresión, con la mezquindad y con el fausto, con la avidez y con el fraude.

Aun más, casi no hay acto ni pensamiento de nuestra vida, que no sea pan o revólver; que no sea para salud y alegría, o para enfermedad y tristeza. Los hombres en eso vivimos: unos haciendo pan y otros revólveres; y de ser prudentes, no emprenderíamos nada ni colaboraríamos en nada, sin preguntarnos antes severamente si aquello era pan o era revólver.

Y entonces advertiríamos una cosa muy clara pero muy ignorada, muy sencilla pero muy incomprendida; y es que no se le puede dar a nadie una puñalada si no se dispone de un puñal, ni envenenarle sin tener un veneno. Sí, para matar a un hombre de una puñalada, se necesita absolutamente un puñal; lo que es voluntad y loco deseo de matar a mi enemigo de una puñalada, o de diez o de ciento, quizá los tengo ya; lo que me falta es el puñal. ¿Qué haré para obtenerlo? ¿Quiénes se prestarán a ser mis cómplices en la obra de apuña-

lear a mi enemigo? Desde luego el legislador, que permite introducir puñales al país, sabiendo que el puñal es, meramente, un instrumento para herir o matar. Luego, el comerciante que los importa, sabiendo que no sirven para labrar la tierra ni para coser un vestido, sino para desgarrar el pecho de los hombres y beberles la sangre. Luego el aduanero que los registra, y que harto sabe que un puñal en nada se parece a un arado ni a un libro. Luego el tenedor de libros, que le lleva la cuenta al comerciante de lo que le reporta el negocio de los puñales. Luego la mujer y los hijos del comerciante, que saben que lo que gastarán esa noche en ir al teatro, viene de haber lucrado en la venta de los puñales. Luego el periodista que inserta el anuncio del que importa o revende puñales. Luego el afilador que los apunta y aguza, bien sabido de que ello es para mejor herir y matar. Luego la mujer o la novia, la madre o el padre, los hermanos o los hijos del que compra el puñal, y no se lo impiden o reprenden. Luego, muchos, muchos que en una o en otra forma sacan provecho de la fabricación, del transporte, de la venta, del cuidado y del uso de los puñales...

Puñales o revólveres, todo es uno. Revólver o aguardiente, o cualquier licor maldecido que embriaga al hombre y le bes-

tializa y le enfurece, y le lleva al hospital, a la cárcel, al manicomio, a la ruina de él y de los suyos, todo es uno . . .

* * *

¡No hombres: no basta vivir, sino que hay que vivir honradamente, limpiamente, como cristianos y como hidalgos; como criaturas que tienen alma que perder, y no simplemente, sacos de concupiscencia que llenar. Vivir como hombres, sí; pero vivir como lombrices, como escorpiones, como víboras, como inmundos roedores de cadáveres, no.

No estamos obligados a vivir si no podemos vivir en la luz. Si nuestro sustento, y nuestra casa, y nuestro vestido, y nuestro recreo y nuestra cultura no pueden absolutamente provenir del trabajo limpio; si nuestra incapacidad y nuestra desdicha fueran tantas que nos veamos arrastrados a vivir del revólver, entonces no vivamos. ¿Qué necesidad hay de que vivamos? ¿Qué necesidad hay de que yo viva, si para vivir yo, otros han de morir, o han de vivir en la corrupción, en el crimen y en la ruina?

No, hombres, busquemos una vida limpia; vivamos para el pan y del pan. Y quienes no puedan vivir sino del revólver

y para el revólver, que anticipen el viaje; que atraviesen voluntariamente el umbral de la muerte, y que se libren así de la ignominia.

Lo que es porque se vayan, no faltarán en este mundo triste plagas, ni guijarros ni espinas. Pero así al menos, los hombres, en vez de abominables demonios, serán *hombres*, o siquiera merecerán ser hombres.

EL COMPLICE

SI por embriagarme, la escasa y vacilante luz que hubiese en mí se hace más débil o se apaga, es claro que la embriaguez será un pecado.

Porque no somos ángeles, ni siquiera hombres todavía, sino bestias encerradas en la forma de hombre, que pugnan y se afanan por alcanzar alma de hombre. En esta celda hermética que me sirve de cuerpo, viven muchas fieras, muchas larvas, muchos endriagos. Toda la fauna visible e invisible —la fauna cruel, agresiva, glotona, perezosa, lujuriosa, vanidosa, pantanosa—, vive ahí, gruñendo, rezongando, rugiendo, espiando el instante en que el domador cierre los ojos, para devorarlo y escapar.

Mi espíritu solo, incipiente, inerme, sin más que su aspiración celeste, sin más que su esperanza y su confianza en su origen celeste, ha logrado imponérseles, dominarlas, subyugar a esas fieras. Pero vive en constante riesgo; vive a fuerza de vigilancia, de disciplina, de austeridad; de severidad con sus propios anhelos, no sea que le engañen y le pierdan.

Mi espíritu, si no ha de exponerse a que en un instante fracase toda su obra, ha de vivir dueño de sí, ecuánime, señor de sus pensamientos, seguro de sus juicios. Su deber y su necesidad más imperiosa es no cegarse, no aturdirse, no empañar su visión y no infirmar su voluntad. Mi espíritu ha de vivir como el piloto, asentada la mano en el timón y atentos los ojos a la brújula, si no quiere chocar y destrozarse contra el primer escollo de su ruta, o que la traición de la niebla le arrastre a donde le aguardan las sirtes implacables.

Por medio de mi mente comprende y ve mi espíritu: con ella juzga, aquilata y decide; es el cristal que le transparenta la vida y las cosas, y necesita que esté diáfano. Pero ¿qué hay más débil, inconstante, engañoso y voluble que la mente del hombre?

Y si tras ser ella tan frágil, tan nebulosa, tarda, miope y variable, la expongo yo, por mi propio querer, a que se oscurezca más todavía, ¿no cometo en eso un pecado mortal?

Si no me embriago, si no hundo mi juicio en las tinieblas del alcohol, de la morfina, del opio; si no ofusco y debilito mi mente con el hartazgo, la crápula y la ira, yo estoy seguro de que no mataré, ni robaré, ni me degradaré. Pero si me em-

briago, si me arruino en la lujuria, si me dejo cegar por la ira, si dejo que me entorpezcan la indigestión y la pereza, ¿de qué puedo entonces responder?

Ahora bien, todas son puertas que dan entrada a las tinieblas que infirman y ennochecen la mente del hombre; todas las pasiones, todos los vicios, todas las vanidades y enfermedades, a eso van: a oscurecer, a nublar, a enloquecer la mente humana. Y por eso es que la religión les llama *pecados mortales*: porque lo verdaderamente mortal, lo terriblemente mortal para el hombre, es *apagar su luz*; pues sin esa luz, ya no es hombre sino que retorna a ser bestia.

“Sobre todo —ha dicho Jesús, en la última frase del Padre Nuestro—, sobre todo, líbranos del Maligno”; aunque mil veces seamos tentados; aunque caigamos mil veces, *líbranos del Maligno*. Si nos libramos del Maligno, *del Orgullo*, de la soberbia que entenebrece y apaga nuestra mente, nos salvaremos, al cabo, de todo.

Es como el piloto, que confía mientras el gobernalle sigue la presión de su mano. Mas una vez que el Maligno se apodere de mí, una vez que el Orgullo me ciegue, ¿de qué podré libramme? Porque ya entonces, extraviada y trastornada mi mente,

hecha oscuridad mi luz, todo paso me conducirá al precipicio, todo empeño será empeñarse en el camino de la muerte.

Conservar encendida, viva y brillante nuestra luz, eso es todo. Que no nos la apague el Maligno; que la sensualidad, la gula, la pereza, la codicia, la envidia no me la desvíen y ofusquen ni empañen. Que todos los días le vuelva su limpidez con la humildad, su potencia con la oración, y su seguridad con la sencillez del vivir.

Y, por Dios, que no caiga en la tremenda locura de enturbiarla yo mismo, premeditadamente, ingiriendo el brebaje maldito que ha de cambiar en insania mi sensatez, en frenesí mi serenidad, en aturdimiento mi reflexión, en ira mi paciencia, en abyección mi nobleza, en antojo de riña mi cordialidad, en brutalidad y sed de sangre mi paz.

Pues ¿qué es sino tal lo que hace el desdichado que se bestializa con el licor? ¿Qué hace sino volverse necio y loco, perverso y brutal, sucio y abyecto, imbécil y sanguinario, a causa, de beber tinieblas al beber el brebaje que le arrebató su condición de hombre?

¡Ay, infeliz del ebrio!... ningún esclavo es más esclavo, ningún loco es más loco; ninguno como él se expone a la des-

vergüenza y al crimen. Ninguno es suicida como él, que se suicida cada vez que se embriaga, pues una y otra vez se expone a matar en sí mismo su razón, su conciencia, su honor, su calidad de ser espiritual.

* * *

Uno de los mandamientos de Buda, es no beber licores embriagantes. El Bagavad-Ghita, prohíbe “todo jugo que hubiere fermentado”. ¿Por qué tanta severidad? Porque el alcohol, lo mismo que la morfina y otros narcóticos, falsifica el estado nirvánico, el éxtasis, que es la felicidad suprema, sólo merecida a fuerza de caridad, de pureza, de ingenuidad y desprendimiento. Así, la embriaguez *es la mentira por excelencia*. Se comprende que una droga que posee la inmensa virtud de producir ese estado de bienaventuranza, ha de producir asimismo reacciones tremendas que llevarán al estado contrario, *demoníaco y bestial*. Así es, en efecto: la embriaguez nos convierte en fieras o en bestias. Si es habitual, acaba con el alma, y sólo deja del hombre un andrajo.

Sorprende con qué rara insistencia insiste Buda en que no debemos embriagarnos. Entre sus mandamientos hay diez

que son como el alma y el soporte de toda su moral, y uno de ellos es no embriagarse, *no beber licores embriagantes*. Otro es, *no mentir*.

Y en verdad son uno mismo, puesto que el hombre que se embriaga cae en plena mentira: mentira su amistad extremosa, que acaba en injurias y golpes; mentira su franqueza, que es sólo indiscreción y hablar incontenible; mentira su valor, que no es capaz de aquilatar el peligro ni saber cómo se evita; mentira su alegría, que más bien es un disfraz de la tristeza; mentira su liberalidad, pues no sabe a quién da ni por qué da. Todo es mentira en él, salvo que ha perdido el freno de sí mismo, y que ha vuelto a ser bestia; aún más abajo que la bestia, pues su naturaleza es ahora conservar la apariencia de hombre y sentir con alma de bestia; un ser mixto y falso, un payaso que al mismo tiempo es un reptil y una fiera.

* * *

Mas qué diré? El pobre ebrio es muchas veces, una víctima. El más esclavo, el más infeliz de los esclavos.

¡Hay tanto dolor! ¡Hay tanta opresión! ¡Hay tanta soledad!
Nos menosprecian, nos vilipendian, nos engañan, nos abando-

nan, nos calumnian, nos extorsionan, nos fatigan, nos hacen padecer en tantas formas, nos desconocen tanto y nos laceran tanto, que se nos apaga la fe, y se nos va el valor, y sentimos necesidad intensa de olvidar, de ser felices aunque sea un instante. . .

Hambre y sed de justicia hay, a veces, en la copa de licor que apuramos; hambre y sed de amor, de compasión, de comprensión, de perdón, de reposo, de confianza, de hallar un eco a nuestras palabras recónditas, una mano que enjague las lágrimas que manan, invisibles, de los ojos al corazón. . . Y entonces nos embriagamos!

Hombre débil, hombre enfermo, hombre sin esperanza, hombre sin ideal para tu vida, hombre sin luz en tu cerebro, hombre escarnecido, hombre extorsionado, hombre fatigado, y abrumado. . . y tú, entre todos, hombre solo, hombre incomprendido, hombre solo. . . ¿qué os diré sino que lloro al detestar vuestra locura, vuestro fatal engaño de buscar en las tinieblas el remedio para vuestras tinieblas?

Dios tenga misericordia de ti, ebrio, el esclavo entre esclavos, el fantasma de hombre, el que perdió su alma, el que apagó su luz! . . .

* * *

Pero tú, lucrador! Tú, que le vendes el tóxico; tú, que le fabricas el veneno; tú, que por amasar riquezas sin esfuerzo, le viertes en la copa, a cambio de su trabajo, veneno, ceguera, abyección, insania, locura y sed de sangre! . . .

Tú, que sabes que le estás engañando, que lo estás arruinando, que lo estás empujando al crimen y a la infamia . . . , tú, lucrador, ¿con qué disculparás cuando mueras, tu dinero maldito?

Y tú, sapiente, el más iluso, el más irreflexivo de los hombres; tú, que imaginas que es justo y benéfico fundar y mantener cultura sobre el producto de ese vicio nefando que arruina el alma y enceguece la mente y hunde al hombre en los instintos de la bestia . . .

Tú, que sólo puedes disculparte, confesando que nunca, que jamás has pensado . . .

No, nunca has pensado . . .

Por eso eres cómplice, por eso cometes ese crimen . . . porque nunca has pensado! . . .

EL ESTADO CORRUPTOR

FRENTE al vicio y al crimen, el Estado no debe tener más que una actitud, y es la guerra. El vicio y el crimen son los enemigos naturales, irreconciliables del Estado; son, por excelencia, *los enemigos*; los que hay que combatir siempre, sin tregua ni relaxo: para exterminarlos, si fuese posible; para detenerlos, para forzarlos a reducirse y atenuarse, cuando no se pueden extirpar.

Sin duda que el Estado no llegará jamás a extirpar el vicio ni el crimen; pues si llegara un día en que los hombres todos se hallaran totalmente exentos de crímenes y vicios, sería señal evidente de que el Estado se había vuelto innecesario. Mas, el Estado, y el gobierno que es su símbolo, deben proceder siempre, constante y firmemente, como si estuvieran seguros de su eficiencia para extirpar y aniquilar el crimen.

Muchas definiciones, a cual más artificiosas, se dan de la palabra *governar*, y cada uno la define conforme a la concepción que tiene de la vida social: “governar es poblar, governar es instruir, governar es comunicar”, y otras, más o menos

inexactas y precarias, son definiciones populares del gobierno y de su función capital. Sin embargo, no cabe en ninguna de ellas la más trascendental y necesaria, cual es *la de apartarnos del mal*; la de poner un dique a nuestros malos instintos, y desarraigar, tanto como se pueda, sus manifestaciones, que son el crimen y el vicio.

Considerado así este asunto, resulta que la religión y el gobierno convergen en la misma tendencia y se encaminan al mismo fin, aunque por caminos diversos. La religión combate el mal en el pensamiento y en el corazón, mientras que el gobierno lo combate en su forma, convertido ya en acto. Y, en verdad, si el gobierno desatiende u olvida esta su capital función, lo mejor sería que no hubiera gobierno. Trae el gobierno tantos daños; es tan opresivo, tan costoso, tan invasor, tan usurpador, tan desviado y tan ciego, que no hay por qué extrañarse de que grandes pensadores y filósofos lo declaren como el resumen de todo lo malo y enojoso. Cuanto menos gobierno necesite un país, mayor será su prosperidad y ventura; la anarquía, que es una concepción ideal de la vida, de la vida sin gobierno, no lo es sino porque lleva implícita la perfección, la santidad del individuo.

¿Para qué necesitaría gobierno una sociedad de santos?

¿Para qué autoridad, ni policía, ni tribunales, en una sociedad que fuera simplemente cristiana, con verdadero cristianismo? Necesitamos de gobierno, porque somos malos. Porque somos crueles, perversos, codiciosos, brutales y tiránicos, necesitamos de que alguien nos vigile, nos contenga, nos reprima y nos castigue. Y esa es la función excelente y perenne del gobierno: contenernos, reprimirnos, castigarnos; extirpar con el hierro y el fuego aquellas tendencias que nos arrastran al vicio y al crimen, puesto que vicio y crimen son los poderosos y activos disolventes de la vida social. Vida social supone justicia, fraternidad, amor; y en tanto será aquella más perfecta, en cuanto se logre reducir a un mínimun las fuerzas disolventes del vicio y del crimen. Son éstos, ideas y términos que no admiten pactos ni armisticios; la guerra entre ellos es a muerte y perenne; si ha de mejorarse la vida social, será porque el vicio y el crimen se aminoraron; si crecen éstos, la vida colectiva se enferma y se corrompe; si llegan uno y otro a cierta tolerancia mutua, en que los reglamentos usurpan el lugar de la represión, entonces la sociedad cae en la más triste y ruin de las dolencias, que es la hipocresía. Y vivir de la hipocresía, de la mentira organizada y santurrona, es ciertamente, peor que morir.

Por eso, decíamos, no hay más que una actitud verdadera, racional y sencilla para el Estado, frente al vicio y al crimen, y es combatirlos a muerte: si el gobierno mal conoce o descuida esa actitud, o no la cumple con máxima energía, entonces el gobierno es una maldición, un fraude, porque nos falla en aquel trabajo y misión que únicamente lo hacen tolerable: perseguir, atenuar, aminorar, reprimir el crimen y el vicio. Nos carga entonces con grandes y enojosos grillos, inherentes a su naturaleza, y no nos da, en cambio, aquello único por lo cual hemos consentido su tiranía y pesadez.

En consecuencia de lo que llevamos advertido, afirmamos que la más perversa teoría y práctica de gobierno, son las de contemporizar con el vicio y el crimen, las de tolerarles en alguna forma; las de consentir que vivan quietamente, aunque sea en el más oscuro y silencioso rincón del edificio social. Al juego, a la prostitución, al morfínismo, al robo, a la vagancia, al asesinato, a la crueldad, a la ebriedad, a la disipación, a la corrupción en todas sus formas, al crimen en todos sus aspectos, el Estado, y el gobierno que es su órgano, no le deben sino una sola y única cosa: guerra implacable; guerra hoy, mañana y siempre. Tolerar el vicio y el crimen, cerrar sobre él los ojos,

consentirlo, siquiera sea en el sótano de la casa, es pecado, es complicidad, es maldad.

¿Pues qué diremos de estos pueblos del Trópico, donde el vicio, el tremendo vicio de la ebriedad, es nada menos que fuente abundosa en la vida económica de la Nación? ¿Qué pensar de estos pueblos que cuentan, para cubrir sus gastos y mantener y ensanchar su cultura, sobre la esperanza de que se ha de beber mucho, de que ha de haber mucho ebrio y por consiguiente mucha vagancia, muchas lesiones, muchos homicidios, muchos huérfanos, muchas enfermedades, y muchos hogares arruinados? ¿Qué pensar de naciones cuyos gobiernos se verían en bancarrota o en tribulación, si mañana las gentes quisieran ser honestas, y se resolvieran a no emborracharse ya más?

Diremos que son pueblos dejados de la mano de Dios, sin concepto ninguno firme y claro de lo que es bueno y malo, justo o injusto; incapaces de aquilatar lo que es cultura, y de distinguirla de lo que es simulacro de cultura; tan sin sentido moral, tan íntima y profundamente corrompidos, que no tienen ni la escasa luz que necesitarían para conocer su corrupción; tan dañados en el propio centro de su ser, que ni siquiera son inmorales sino *amoraless*; y eso, no por no haber alcanzado todavía a la

moralidad, sino por no haber llegado enteramente a comprender cuál es su significado y su alcance.

En verdad, tales naciones apenas merecen vivir. Y de las clases directoras de tales pueblos, lo más caritativo es suponer que su mentalidad es tan nebulosa e incipiente, que todavía no alcanza a ser verdadera mentalidad de hombres.

Son ciegos guiando a ciegos, y mudos enseñando a hablar a sordos.

SEMBRARON VIENTOS...

SEMBRARON vientos...
Y cosecharon tempestades.

Nunca el verbo del hombre halló y dijo palabras más exactas que estas del Evangelio: el destino del hombre y de las naciones está vinculado íntimamente a ellas, y todo lo que en el Universo puede concebirse como justicia y orden, no es sino que dondequiera que los vientos sean la siembra, las tempestades serán el fruto.

Aquí en nuestro país, nos hemos dedicado con afán a sembrar ebriedad, y ya vamos muy adelantados en constituir un pueblo de enfermos, débiles e impulsivos. Los frutos son varios y abundantes: por de pronto, y no contando sino lo que es visible, tangible y resaltante, ya tenemos *el setenta por ciento de los delitos; más del cincuenta por ciento de los huérfanos que acoge el Hospicio, y el cincuenta por ciento de los enfermos que van al Hospital.*

¿No es verdad que la cosecha es opima?

Como no intento comprobar estadísticas ni dictar planes,

sino, simplemente, llamar a la conciencia de las gentes y hacerles sentir que lo que se imaginan trabajo lícito y honesto es fraude, ruina y muerte, no entraré a detallar los daños del alcohol, inferidos en el organismo de cada ebrio, ni las enfermedades especiales que origina, ni su estrecha e irrompible conexión con la locura, la epilepsia, la neurastenia y el suicidio.

Ni siquiera me detendré a contemplar este abismo que se llama *la herencia*, pues nadie ignora que, individual y socialmente, lo que el ebrio genera es ebriedad, locura, morbosidad en todas formas.

Nación en que abundan los hijos de alcohólicos, está condenada a vivir en el desconcierto, en la vacilación, en la festinación y en la inconstancia.

Eso que se llama plan, trabajo meditado, seguido, ajustado a un método, continuado serena y firmemente día por día; el hoy enlazado con el mañana, y el ayer sirviendo de base al ahora; eso que se llama carácter, misión de un pueblo que conoce sus fuerzas y sabe a dónde va, y va a donde quiere; eso que se llama conciencia colectiva, manifestada en un esfuerzo colectivo, orientado, seguro, insistente, y que permite a una nación, sea chica o grande, realizar un fin histórico, jugar un

rol en el concierto del mundo . . . , eso está vedado a las seudonaciones en que el tahur, el ebrio, el mujeriego, el alienado, han infundido virus en la sangre de las multitudes. El rol histórico, la misión noble y fuerte, quiere salud, fuerza, *equilibrio*, y éste no radica en la tahurería, en la prostitución ni en la borrachera.

¿Quién leerá en nuestro porvenir?

¿Quién osará afirmar que no está cerca para nosotros la hora del *crujir de dientes*, la hora en que la paja que no tiene grano, es arrojada al fuego por vana y estorbosa? ¿Y puede haber cosa más triste que desprenderse del árbol de la vida, como fruta verde y magullada que cayó por vicio y no por madurez? ¿Y acaso es necesario ser profeta para advertir que muchos de estos pueblos del Trópico son esa fruta inepta, fruto infeliz de la rama podrida, del tronco hecho carcoma, de la raíz superficial y aguanosa?

En el horizonte se anuncian tempestades; como nunca. Atila y Gengis Kan preparan sus hordas voraces, y husmean a dónde irán a descargar sus furias. Como nunca, el juicio de Breno se resumirá en la sentencia *¡Ay de los vencidos!* Y a la hora de sonar la trompeta y de estallar el vendaval, esos pueblos

misérrimos, llenos de tahures, de falsarios, de usureros, de alcohólicos, desaparecerán aventados por la primera ráfaga. Se irán como hojarasca, como basura enojosa y estorbosa a quien Dios y el Tiempo han tolerado pacientemente, a ver si acaso daban frutos, pero a quienes ya no es posible tolerar ni sufrir.

* * *

Por un tiempo siempre muy dilatado, el destino y la naturaleza aguardan a saber si un pueblo, es, por fin, capaz de comprender y de emprender el trabajo que de él se espera, la misión a que está llamado. Pero, fatalmente por virtud de leyes supremas, aquel pueblo que no ha sabido comprender, aquel que se evidencia inepto, es condenado a desaparecer, a ceder el puesto a los mejores, a los que *hacen* la vida y *merecen* vivirla.

Para quienes examinan las cosas atentamente; para quienes tienen ojos para ver y oídos para entender, no es imposible adivinar cuál es esa misión particular que el Destino ha señalado a cada pueblo: la posición geográfica, la lengua, el suelo,

la raza, el genio nacional, el momento histórico, nos dan indicios suficientes de cuáles son nuestras capacidades, *nuestra vocación*, y, por consiguiente, *nuestro deber*.

Y una vez penetrados de cuál es la tarea especial que debemos cumplir, no queda sino entregarnos a ella con entera confianza, con esfuerzo incesante, con *fidelidad absoluta*.

La fidelidad es todo en la vida: quien la practica como una religión, llega siempre a su fin; porque el tiempo, los sucesos, los hombres y las cosas, se convierten, día por día, minuto por minuto, a su causa; porque hasta los fracasos mismos colaboran con él, enseñándole a rectificar el camino; porque desde las hojas errabundas hasta las estrellas inaccesibles, todo reserva una palabra de aliento y de enseñanza, para susurrarla al oído del hombre o del pueblo que saben ser fieles a su misión, a su vocación, a su deber.

* * *

Ahora bien, ¿somos fieles nosotros, y a qué somos fieles? Hasta hoy, nuestra fidelidad es a la rutina, al prurito de mantener los errores que nuestros ignorantes abuelos nos dejaron.

Somos fieles a la rutina, al pesimismo, a la pereza mental, al vuelo de murciélago que nos legaron pobres gentes sin luces ni experiencia. Como ellos jugaron gallos, gallos jugaremos nosotros, como bebieron *guaro*, guaro beberemos nosotros; como creían en la política de arterías y fraudes, así la practicamos nosotros, y como se sentían pequeños, destinados a nada, a ser los últimos, a vivir sin gracia y sin gloria, así nos sentimos nosotros. He ahí nuestra fidelidad: somos fieles a la desunión, a la discordia, al sanchismo, a las casas sin aire, a los alimentos innutritivos, a la tahurería, al donjuanismo, a los hijos sin padre, a la pistola y al comadreo. Y más que todo, a beber veneno, a fabricar veneno, a importar veneno, a vender veneno, y a hartar a todos y en toda ocasión con veneno. Así es nuestra fidelidad.

Pero como Dios es fiel a sí mismo, y no ha de abolir o suspender el Orden Divino para que nacioncillas de miopes y enfermos se perpetúen y vivan su vida rastrera; como la siembra ha de corresponder a la cosecha; si no cambiamos de ruta, si no adquirimos otro concepto del vivir, por ahí asomarán las tempestades... y de nosotros no quedará ni el recuerdo: ni siquiera el nombre, ni siquiera el mal olor de nuestros

vicios, porque la tempestad se lo llevará, dejando sano y limpio el sitio a gentes más dignas de vivir.

* * *

Pensad en ello y ved, hermanos, si hemos de continuar sacando del estanco nuestra riqueza, nuestra cultura, nuestro prestigio y nuestro ideal.

PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

A vosotros, los que amasáis riquezas fabricando el demoníaco brebaje, paz.

A vosotros, los que lucráis y gozáis de la vida comerciando con el diabólico veneno, paz.

A vosotros, los que ganáis míseramente el pan de cada día revendiendo el funesto licor que torna al hombre en fiera, paz.

A ti, hombre de estado o financista, que haces un río de oro de lo que es sangre y embrutecimiento y ruina, paz.

A todos vosotros que hacéis el mal por ignorancia o inconsciencia y hasta creyendo que hacéis bien, paz.

Pasemos una esponja sobre el ayer, y que nadie os cuente la sangre vertida, ni las prisiones desastrosas, ni los hogares deshechos, ni los niños abandonados, ni las madres desamparadas, ni las tranquilas heredades vendidas para el vicio, ni la salud perdida, ni el alma caída en tinieblas, ni el fracaso total de las vidas a que llevó el tóxico fatal que vosotros vertisteis en la copa insaciable del lucro . . .

No sabíais... no pensabais... no fuisteis culpables. Paz a vosotros.

Mas ahora, sabéis. Ahora vuestros ojos se abrieron y se iluminó vuestra conciencia. Ahora, si fijáis la vista en la copa en que espumea el aguardiente veréis cómo se vuelve roja o negra: roja de sangre, negra de miseria y de ruina. Ahora ya sabéis que cada moneda que echáis en vuestras arcas como precio de la fatal bebida, es la suerte de un pobre labriego que irá a presidio; de uno que irá al sepulcro; de un niño que caerá en la orfandad; de una esposa que verá día a día consumirse el esfuerzo de su compañero, en el estanco o en la cárcel. Ahora comprendéis que eso es trocar en placer y en lucro, el dolor y el hambre.

Paz a vosotros. Que se olvide el ayer, y aun el hoy. Ahora todavía, y por algún tiempo, tendréis que seguir explotando el dinero maldito. La cantinera, el estanquero, el importador, el destilador, y hasta el contrabandista lleno de zozobra, todos habéis caído en las redes de la necesidad, o del hábito, o de la codicia. Y toda red aprisiona y entraba.

Todavía, durante un año, dos años, tres años, os dominará el pasado, y tendréis que fabricar y que vender y revender ve-

nenos. Pero lo haréis ya con dolor. Lo haréis con el deseo de no hacerlo más. Lo haréis con el anhelo de cambiar vuestro negocio triste, vuestro trabajo lúgubre, por otro que sea claro, y fecundo y vivificante. Pasarán apenas tres años, y ya ninguno de vosotros sufrirá la esclavitud del dinero maldito. Tú, el gran hacendado, que ahora siembras caña para el alambique, la sembrarás para el azúcar o el pasto; o si es posible, y mejor aún, sembrarás el maíz, el trigo, el frijol, el plátano, el arroz; cosas que son salud, que son vida, que son alegría. Sin duda que no seréis así tan ricos, pero sí más felices. . .

Tú, el comerciante en grande, que importas toneladas de tóxico, invertirás tu dinero en traer herramientas para labrar la tierra, en géneros de buena clase para vestirnos; en buena harina para cocer buen pan; en vino puro y generoso, que conforte a los débiles y a los enfermos.

Tú, la cantinera, y tú, el estanquero, que pasáis los días y las noches aspirando el vaho nauseante de la ebriedad, y oyendo los gritos bestiales de los ebrios, buscaréis un oficio honesto, limpio, benéfico: haréis pan, haréis vestidos; guardaréis los ganados; cultivaréis el suelo; forjaréis el hierro; labraréis la

madera; cuidaréis de los niños; iréis de pueblo en pueblo, llevando las mil cosas gratas y necesarias del vivir.

Y tú, contrabandista, tú que vives en la zozobra, expuesto a que te descubran y te aprisionen, y te despojen de tu angustiado haber; tú, que pasas las noches en los barrancos, bajo la llovizna o los insectos: tú, que eres tan atrevido y valeroso; tú, que eres tan hombre, ahora que ya sabes que el aguardiente es ruina, dolor y sangre, arrojarás los cacharros de la destilación, y vendrás con nosotros al trabajo sereno y ostensible, y más que nosotros gozarás del fruto de tu esfuerzo, porque más que nadie tienes energía y valor.

Sí, paz a vosotros que andabais ciegos y como ciegos hicisteis. Ahora, ya con los ojos limpios y la conciencia esclarecida, buscaréis cada uno el camino de la liberación, y todos, hoy algunos, mañana los demás, todos celebraréis un día, un día que está próximo, la vuelta a la faena limpia, bienhechora y cordial.

¡Apresurad el día, hermanos! ¡Anhelad día y noche su advenimiento y llegaréis antes de lo que pensáis!

Entretanto, paz a vosotros.

SI QUISIERAS, PODRIAS AYUDAR

1. —Convenciendo a los fabricantes y vendedores del veneno, de que hacen gravísimo daño a las gentes con su nefanda industria y su nefando comercio.

2.—Organizando sociedades cuyos miembros renuncien totalmente al consumo de licores.

3.—Procurando que se establezcan en las aldeas y caseríos diversiones baratas y honestas, que alejen a los campesinos de la taberna.

4.—Publicando artículos o dando conferencias en que se combata la fabricación, el comercio, la guarda, transporte y consumo de las malvadas pócimas.

5.—Rehusando alquilar tu casa, o cualquier otra cosa tuya, para ningún negocio o industria que de alguna manera contribuya al funesto consumo.

6.—Negándote a servir en ninguna empresa o negocio de fabricación, venta, guarda o transporte de licores.

7.—Rehusando tu alianza o ayuda a cualquier fabricante o vendedor de veneno, que a sabiendas del mal que hace y sin

necesidad invencible de hacerlo, insista en la explotación del dinero maldito.

8.—Retirando tu apoyo a todo periódico, cinematógrafo o empresa de anuncios, que en alguna forma contribuya a propagar el consumo de licores.

9.—Trabajando para que se legisle en el sentido de restringir cada día más la fabricación, importación, venta y consumo de licores.

10.—Predicando y enseñando, si eres sacerdote o maestro, contra el vicio de la embriaguez y contra la complicidad de fabricantes y revendedores.

11.—Llevando en tu vestido, en lugar muy visible, una divisa que sea símbolo y protesta contra el daño que se hace al pueblo con la fabricación y venta de licores. Por ejemplo, una cruz de *ástil rojo*, para simbolizar el crimen, y de *brazos negros*, para simbolizar la ruina física y moral.

12.—Y en fin, afiliándote a una grande *Asociación Nacional* que sustente y haga vivir estos principios:

a) Se considera como pecado grave contra Dios, contra la patria, la sociedad y la familia, la fabricación, el comercio, la guarda, transporte y consumo de licores.

b) Se declara injusto y absurdo todo progreso o servicio público cuyo sostenimiento provenga de la fabricación y expendio de licores.

c) Se declara que el País no necesita absolutamente del *dinero maldito* para mantener ni mejorar ninguno de los *servicios públicos esenciales*.

Todos los servicios no indispensables deben suspenderse, reducirse o suprimirse, hasta libertarse del dinero maldito.

d) En todo caso de homicidio, lesiones, estupro, violación u otro delito grave o acto inicuo ocasionado por la embriaguez, hay complicidad del que vendió el licor.

e) La salud, el bienestar y la dignidad de la raza, están íntimamente ligados al esfuerzo para extirpar o reducir a un mínimum el consumo de licores. De consiguiente, los que se afilien en esta cruzada, pueden con perfecto derecho adoptar como empresa estas palabras: "Por Dios y por la Patria".

* * *

Sí, si quisieras, podrías ayudar.

Tú, madre, que tienes niños que ya luego serán adultos, si

pensaras que pueden correr la suerte de tantos desgraciados ebrios, podrías ayudar.

Tú, joven, que vienes a casarte y te dispones a fundar un hogar con el elegido de tu corazón, si pensaras que cualquier día el ejemplo y la vida mundana pueden hacerle caer en el vicio y trocarlo en borracho, podrías ayudar.

Tú, muchacho, que te embrutesces en la admiración del box, cerrados los ojos al triste destino de los que te rodean, si pensaras que la criatura humana ha venido a este mundo para algo más noble que destrozarse a golpes, podrías ayudar.

Tú, hacendado, si pensaras que cada día serán más difíciles tus faenas, a medida que los ebrios aumenten, podrías ayudar.

Tú, hombre, que tienes a tu cargo la responsabilidad de una familia, si pensaras que un día, porque la rodea un ambiente mefítico, puede tornarse en foco de locura y de miseria, podrías ayudar.

Tú, afortunado, que te enriqueciste con el trabajo del campesino y del obrero, si pensaras que algo debes a los hijos de los que te amasaron la riqueza, podrías ayudar.

Tú, banquero, que usufructúas merced a tus inmensos pri-

vilegios, el trabajo de todos, si pensaras que debes gratitud a quienes así te favorecen, podrías ayudar.

Tú, maestro de escuela, que te quitas la vida ensayando inanidades y desvaríos pedagógicos, si pensaras en que esos niños que ahora educas, ya mañana caerán en el ambiente del vicio que los envolverá y pervertirá rápidamente, podrías ayudar.

Tú, religioso, que inventas tantos rezos, que discurres tantas funciones y ceremonias y candeleos, si pensaras que tu Maestro quiere ser adorado *en espíritu y en verdad*, en la lucha diaria y tremenda contra el mal, podrías ayudar.

Tú, hombre de pluma, que más que nadie tienes obligación —*porque más se exigirá a quien más se le ha dado*—, si pensaras qué triste oficio vives con pasarte los días contando chismes, hablando sin pensar, mixtificando las ideas y desfigurando los sucesos, cuando podrías ser el guía, el faro, la sal de la tierra... podrías ayudar.

* * *

Sí, todos nosotros podríamos ayudar, y deberíamos ayudar. Mas entre todos, vosotras mujeres; vosotras que pretendéis

emanciparos, y ser dueñas de vuestra vida y realzar vuestra libertad. Está muy bien, sed libres, confiad en vosotras, y rechazad todas las cadenas. Ya lo hicisteis: y ahora qué? La libertad impone deberes y responsabilidades. Ser libre uno, no es sino ser más consciente; más sujeto al servicio de los demás; más empeñado en el bienestar y en la redención de los que sufren; más decidido a colaborar en el mejoramiento de la Comunidad.

Ya sois libres... y qué? ¿En qué se advertirá que habéis realizado el advenimiento a la vida alta, responsable, generosa, consagrada a las nobles tareas de quienes saben que vivir es amar, y que amar es servir? ¿En qué se advertirá? ¿En el cabello corto, en la falda provocativa, en las orejas de loca, en el culto a las estrellas del cine, y en el Tango y el Shinmy, y el Trot y el Foxtrot? ¿En la sempiterna lectura de necias novelas, y en el bailotar al áspero tecleo de la marimba?

Ciertamente, nadie mejor que vosotras puede ayudar. ¿Por qué no lo haréis? ¿Por qué no os diréis un día: seamos nosotras las redentoras de nuestra raza; seamos nosotras quienes limpien los establos de Augias; quienes corten las siete cabezas de la Hidra?

¿Quién lo haría mejor que vosotras? ¿Cómo no triunfaríais vosotras, que tanto podéis en vuestros hijos, en vuestros padres, en vuestros maridos, en vuestros hermanos, en vuestros novios, en todos, pues todos se someten a vuestra dulzura y a vuestra gracia?

¡Qué labor hay aquí para vosotras, oh queridas compañeras nuestras!

¿Por qué no la emprendéis?

Un pueblo sin ebrios, un pueblo sin alienados, un pueblo sin huérfanos! . . . ¡Trabajad con entusiasmo, con devoción, con disciplina y perseverancia, para que en nuestro país se reduzca al minimum el negro porcentaje de huérfanos, criminales, enfermos y alienados, gracias a que nos habréis libertado del brebaje maldito, del comercio maldito, de la renta maldita, del dinero maldito. . . !

¿No valdría eso más que todos vuestros devaneos y chichisbeos y kermesses y turnos y rezaderas y habladurías y perenne embadurnamiento y afeite, y perenne cine y perenne tontera?

¿Qué mejor patriotismo, qué mejor belleza, qué mejor religión, qué más alto y bello feminismo?

Mujeres salvadoreñas, hermanas nuestras, somos esclavos

del brebaje maldito; nos enferma y nos mata el dinero maldito,
y vosotras podéis librarnos... , y redimirnos... Vosotras! po-
déis... vosotras podéis...